

Don Quijote de la Mancha

Elegía del héroe solitario

José Pascual Buxó

En abril pasado el mundo conmemoró los cuatro siglos del fallecimiento de Miguel de Cervantes. Es posible leer su obra suprema, El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha, como un “libro bíblico”, es decir, un “libro de libros”, una reiterada inmersión en el universo de las creaciones literarias, como apunta José Pascual Buxó, autor de Las figuraciones del sentido.

I

Nada más oportuno, a mi parecer, que con ocasión de conmemorar los 400 años de la muerte de Miguel de Cervantes recordemos que *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha* es, propiamente hablando, un *libro bíblico*, quiero decir, un *libro de libros*, el cual, desde su misma invención novelesca hasta la última de las incontables aventuras emprendidas por el Caballero de la Triste Figura, es una continuada inmersión en el vasto universo de las creaciones literarias. Don Alonso Quijano —el melancólico y envejecido hidalgo de una ignota aldea castellana— es un lector compulsivo de los llamados libros de caballerías en que se cuentan las famosas hazañas de sucesivas generaciones de caballeros andantes y, obsesionado por revivirlas, se dispone a instalarse él mismo en las soñadas realidades de ese mundo heroico en que prevalecían los más altos valores humanos del amor, el honor y la justicia. Nosotros, receptores pasivos de las invenciones literarias, solemos conformarnos con evocar a solas y en silencio las pasiones y acciones de aquella multitud de héroes que cobran

vida en nuestra imaginación gracias al poder taumático de la palabra, pero una vez culminada la fascinante ensoñación de la lectura, tornamos al mundo de la vigilia, donde —ante los efectos irrevocables de la “cruda realidad”— aceptamos con pacífica resignación volver a la rutina de nuestras vidas ordinarias. Pero eso es precisamente lo que no quiso hacer don Alonso Quijano: conformarse con la inerte placidez de una vida insignificante y anónima.

Como bien sabemos, la lectura voraz de esos libros de caballerías y de las estupendas y nunca imaginadas aventuras de sus paladines hicieron que don Alonso “viniera a dar” —según el testimonio de los historiadores que del caso trataron—

en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído en que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género

de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama.¹

Dos causas, según se advierte, concurrieron en la extraña locura de nuestro hidalgo: una, el deseo de enaltecer su propia persona —sumida hasta entonces en la triste modorra aldeana— y otra, el restablecimiento de la justicia en una república en que prevalecen el medro, la hipocresía y el engaño. Es el aprecio por la propia persona, la voluntad de ser digno de un superior modelo humano, lo que lleva al valeroso Don Quijote a imitar la vida y las costumbres de aquellos caballeros de antaño que iban impartiendo justicia por propia mano en un mundo de abuso y violencia ingobernables. Tanto como hoy, también en tiempo de Cervantes, el concepto de *honor* u *honra* recubre varios aspectos tocantes a las virtudes de la persona, a su reconocimiento y públicas recompensas, pero más especialmente a su recta condición moral y a su digno comportamiento, así en lo público como en lo privado. A más de ello, un caballero andante no puede dejar de ser enamorado, porque el amor es la más pura esencia de nuestra condición humana, y aquel que no albergue en su ánimo ese supremo sentimiento de entrega y solidaridad, mal puede hacerse paladín de la justicia.

¿Y a quién pudo amar aquel tímido hidalgo ensimismado?

Se cree que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer de quien un tiempo anduvo enamorado, aunque según se entiende, ella jamás lo supo... Llamábase Aldonza Lorenzo... y a esta le pareció bien darle el título de señora de sus pensamientos, y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora vino a llamarla Dulcinea del Toboso...

Pues bien, pensando en los “agravios” que estaba decidido a deshacer y las “sinrazones”, abusos e injusticias que se proponía enmendar, una mañana, sin que nadie lo sintiera, tomó las armas, subió sobre su rocín y salió por la puerta falsa al conocido campo de Montiel. Y mientras cabalgaba bajo el sol inclemente de la meseta castellana, iba redactando en su magín y en el estilo altisonante de sus modelos literarios la historia que más tarde habría de relatar el sabio encantador a quien correspondiese la tarea de dejar memoria perdurable de sus hechos, con lo cual nos descubre Don Quijote desde el mismo instante en que se lanza a los azares del mundo su más íntimo deseo de trascendencia, de ser más y

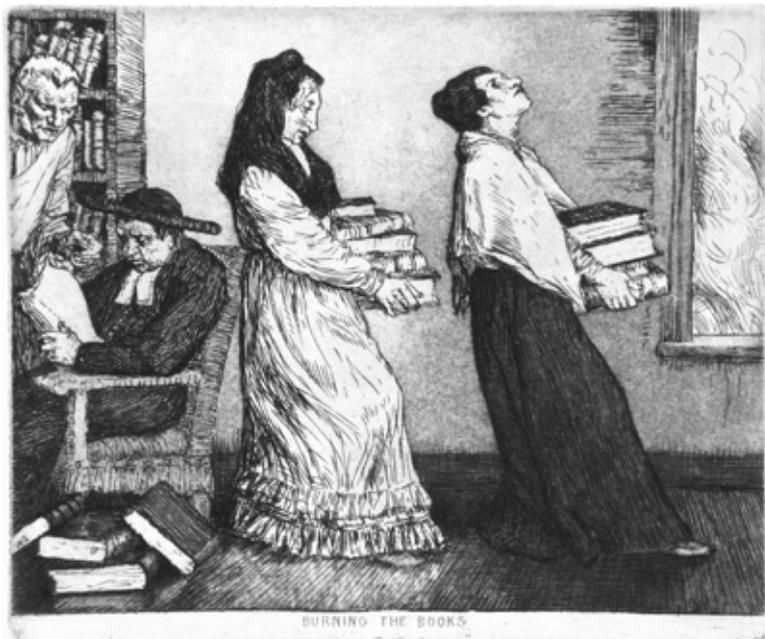
valer más, de que su nombre, sus hazañas y sus nobles pensamientos permanezcan vivos en la memoria de las gentes. ¿Es esta, acaso, una ambición insensata y egoísta o es, más bien, la riesgosa puesta en obra de un compromiso moral de renovar y mantener en tiempos aciagos los más acendrados ideales del respeto y la defensa de nuestros semejantes en desgracia?

Sabía muy bien Don Quijote por su vasta experiencia libresca que la más eficaz manera de vencer los desmanes del tiempo y del olvido se alcanza gracias a la magia de la escritura y que la única forma de supervivencia posible se halla en los libros, que son el lazo —aunque débil— que nos liga con la incierta posteridad. Pero la literatura tiene también sus peligros. Si tomamos a la letra lo que afirman sus dichos, si no nos percatamos de que las palabras suelen ser intencionadamente ambiguas, llenas de recónditos significados, y de que los pensamientos que su lectura suscita en nuestra fantasía pueden no coincidir y aun desmentir las toscas realidades de nuestro bajo mundo, corremos el peligro de caer en una severa disociación mental que nos lleve a proyectar sobre el espesor de las realidades ordinarias las nítidas imágenes provenientes de una visión del mundo heroica e ideal.

Y así pudo entenderlo el último en exhumar y dar a luz los viejos pergaminos conservados por los académicos de Argamasilla, don Miguel de Cervantes Saavedra, quien, al comienzo de su relato, declara que a don Alonso Quijano “llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores... y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo”.

Porque, en efecto, lo que aparece como cierto y verdadero en el espacio ilusorio de las ficciones literarias no acepta ser cotejado sin más con los hechos palpables de las realidades fácticas; con todo, la representación figurada y simbólica de las acciones y pasiones humanas en lo que tienen de perdurable y esencial, no es —si bien se mira— menos cierta y creíble que el recuento fidedigno de los fugaces episodios del acontecer cotidiano. De ahí la insistencia de Cervantes en afirmar que la de Don Quijote es, sin lugar a dudas, una *historia verdadera*, y verdadera no sólo respecto de cada uno de sus hechos registrados, sino también de las versiones adulteradas y abusivas de la misma verdad literaria, como fue el caso de las falsas aventuras de un falso Don Quijote, mal averiguadas y peor dispuestas por un tal Avellaneda. Cervantes no soslaya el arduo debate entre la verdad histórica y la verdad literaria, antes vuelve a él continuamente para mostrar que el desdoblado mundo en que habita y actúa Don Quijote no es una absurda ficción propia de las fábulas milesias, sino el resultado de

¹ Todas las citas provienen de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes. Notas originales y seleccionadas de los comentaristas más autorizados por Agustín Millares Carlo, Editorial Séneca, México, 1941.



William Strang, *Quemando los libros*, 1902



William Strang, *La locura de Don Quijote*, 1902

un heroico y desmesurado esfuerzo por trasladar la eficacia regeneradora de la acción individual —quizás eficaz en épocas remotas— a los nuevos tiempos en que prevalecen la desordenada ambición de bienes materiales y el abuso impune de los poderosos.

En este mundo actual, materialista y manipulador, las nobles empresas de Don Quijote están fatalmente condenadas a la irrisión y el fracaso; pero el héroe solitario no se arredra ante el infortunio; sabe que los caballeros andantes están inevitablemente sujetos a la persecución de los envidiosos y mal nacidos, y sabe también que estos enemigos —dotados de poderes omnímodos y quizá sobrenaturales— son capaces de trastocar la soñada realidad de sus victorias en derrotas humillantes. Y, sin embargo, no se rinde y persiste en su esfuerzo irreductible por ver el triunfo final del amor, el bien y la justicia. Y su verdad es esta.

II

El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha es justamente el dilatado recuento de aquellos esfuerzos generosos del héroe solitario, condenados en este mundo hodierno a una fatal resolución risible y vergonzosa. ¿Quiso acaso el autor —como pareciera haberlo asumido su desprejuiciado interlocutor en el prólogo de la novela— que el fin a que iba encaminada la obra de Cervantes era “derribar la máquina mal fundada destes caballescros libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos...”? ¿Pero qué amenaza o peligro representa para la conservación del orden establecido la lucha empecinada del caballero andante por desterrar de este mundo todo género de agravios? ¿Y quiénes son los que aborrecen y condenan al fuego los libros que ensalzan y

propalan los valores de la verdad, el amor y la justicia, y por qué lo hacen? ¿Y quiénes los que se deleitan secretamente en su fuero interno con la audición de aquellas estupendas hazañas?

Las respuestas más explícitas podremos encontrarlas en el capítulo XXXII, que trata de lo sucedido en la venta en que se hallaron por segunda vez Don Quijote y Sancho con el cura, el barbero y toda una “cuadrilla” de pasajeros. En ausencia de Don Quijote —que se recupera durmiendo de su más reciente quebranto— trataron los demás de su “extraña locura”, de la que el cura hace culpables a los mentirosos libros de caballerías que había leído sin descanso. A eso replica el ventero que para él no hay “mejor lectura en el mundo” y que tiene por ahí dos o tres de ellos “que me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos”, pues leyéndolos en voz alta alguno que sepa leer, da tanto gusto escucharlo “que nos quita mil canas... y cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que toman ganas de hacer otro tanto”. Y tercia la criada Maritornes para decir que ella también gusta mucho de oír aquellas cosas “que son muy lindas y más cuando se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero... digo que todo esto es cosa de mieles”.

Pide el cura que se le muestren esos libros, y resultaron ser los de los valientes caballeros Don Cirongilio de Tracia y Felixmarte de Hircania; de inmediato el barbero —queriendo repetir su activa participación en el escrutinio y condena que poco antes habían hecho ambos en la biblioteca de don Quijote— se ofrece a echarlos a la chimenea donde sean quemados. Alarmado, pregunta el ventero: “¿Por ventura... mis libros son herejes o flemáticos [esto es, cismáticos] que los quieren quemar?”. Y cuando el cura responde que “nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales disparates acontecie-

ron en él”, le opone el ventero un argumento inquietante: “A otro perro con ese hueso... Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que esos buenos libros dicen sea disparate y mentira, estando impresos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que había de dejar imprimir tanta mentira junta...”.

¿Cómo hacerle entender a los iletrados e ignorantes, que ven en los libros impresos con licencia del rey una incuestionable garantía de certeza y verdad, que todo aquello que les proporciona una ensoñadora visión de otras vidas más encumbradas y dignas que las suyas, que les hace sentirse partícipes de un mundo emocionante y venturoso, tiene por único fin el vano entretenimiento de aquellos que desconocen las miserias de la servidumbre y el trabajo? A lo cual responde el cura que no ha de haber “alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros”, pero no confiesa que es de otra índole la verdad que en ellos se oculta: la de los inquietantes valores de la independencia y la libre elección del propio destino.

III

En el curso de su primera salida, y acabado de cumplir el rito sacramental de ser armado caballero por un ventero pillo y socarrón, que a él le pareció el noble señor de un castillo, topa Don Quijote con “un gran tropel” de

mercaderes toledanos a caballo, a quienes —creyéndolos caballeros andantes, y según lo prevén las mismas leyes de caballería— quiere obligar, lanza en ristre, a confesar “que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de La Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso”. Los sorprendidos mercaderes —queriendo ver en qué acabaría la insólita demanda del extravagante caballero— responden en tono burlón que no conocen a esa buena señora, pero que si él les mostrase su retrato y fuese tanta su hermosura, confesarían esa verdad de buena gana. Don Quijote se enciende en cólera: “Si la mostrara... ¿Qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia”.

¿Cómo explicarse la desmesura de tamaña pretensión? ¿Por qué habrían de aceptar esos poderosos mercaderes la verdad que les demanda un insólito caballero andante sin dar pruebas ni razones?

Aun no siendo posible extendernos aquí en el complejo entramado de las prácticas y convenciones del mundo caballeresco y de las disputas que los mismos caballeros mantienen entre sí por alcanzar la propia preeminencia, parece inocultable un fuerte sustrato religioso en esa demanda del universal reconocimiento de la suma hermosura, perfección y castidad de la dama idolatrada, en tanto que ella es un trasunto mundano de la Virgen inmaculada, milagrosamente preservada del pecado desde



William Strang, *Muerte de Don Quijote*, 1902

el mismo instante de su ser, y cuya adoración y reverencia es garantía de las verdades que proclama el dogma católico. Y aún hay más, y es que el acatamiento —de grado o por fuerza— de la supremacía de la propia dama sobre las que pudieran oponersele, redundará necesariamente en el reconocimiento de la condición de verdadero y fiel amante del caballero en aquel mundo feudal sumido en perpetuas confrontaciones.

En los primeros capítulos de la novela apenas está Don Quijote en trance de salir al mundo a ejercitarse en los azares de su noble profesión, y para ello es preciso antes que nada proclamar la soberana condición de la señora en quien ha puesto su fe amorosa y de quien espera su constante protección en los peligros de su vida aventurera: es Dulcinea, casi podría decirse, el objeto inmaculado de una pasión religiosa, casta y virginal. Los mercaderes —que han adivinado de qué pie cojea Don Quijote, pues no les son desconocidos aquellos lances en que abundan las ficciones caballerescas— intentan seguirle la corriente y, fingiendo querer complacerle, reiteran su deseo de ver algún retrato de Dulcinea, por más pequeño que fuese, y aún en el caso de que en él se descubriera “que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre... diremos en su favor todo lo que quisiere”.

A las estentóreas voces de que “no le mana eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones”, arremete Don Quijote, lanza en ristre, contra quien tal cosa había dicho; pero en la inesperada carrera cae Rocinante —no acostumbrado a aquellos excesos— y queda el caballero derribado en el suelo y, aunque lo intentó, jamás pudo levantarse, tal era el “embarazo que le causaba la lanza, la adarga, espuelas y celada”. Ya vencido, los mercaderes tornaron a mofarse de las altisonantes palabras con que Don Quijote los imprecaba (“Non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva, atended; que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido...”) y, estando así, un mozo de mulas —irritado por la actitud valerosa y soberbia del caído— acabó de molerlo a palos, dando muestra de su cobarde ferocidad no menos que de la clase de infames servicios que de él esperarían sus amos. No será esta sino una de las muchas veces que la prepotencia de los poderosos y sus viles lacayos hagan mofa y escarnio de Don Quijote; también lo molerán a palos los desagradecidos galeotes a quienes liberó de sus cadenas, pero quizá sean menos dolorosos los golpes, caídas e ingratitudes que hasta entonces había padecido Don Quijote que las burlas sutiles y no menos crueles de que lo hicieron objeto aquellos refinados duques que lo acogieron en su castillo con falaz comedimiento y le prepararon —para su propio solaz— una larga serie de engañosos artificios, entre ellos, el que una desenvuelta servidora —fingiéndose enamorada— intentara torcer en vano la fidelidad que Don Quijote le guarda a Dulcinea.

Estando, pues, derribado e inmóvil, acertó a pasar un labrador vecino suyo que lo condujo —a lomo de mula— de vuelta a su casa, donde ya el ama y la sobrina del maltrecho caballero estaban informando a los notables del lugar, el cura y el barbero, de cómo su amo faltaba desde hacía días y de cómo, luego de leer en esos “desalmados libros de desventuras”, los arrojaba a un lado y tomando la espada, andaba a cuchilladas con las paredes, y se culpaban de no haberles avisado a tiempo para que fuesen quemados esos “descomulgados libros... que bien merecen ser abrasados, como si fueran de herejes”.

Habida cuenta de que todos tenemos muy presente el capítulo VI de la primera parte en que se da cuenta “Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo”, no será necesario insistir en el doble filo y sutiles intenciones de esa indagatoria, a la vez ideológica y literaria, sobre los “cien cuerpos de libros” que componían la biblioteca de Don Quijote. No quiso el cura condenarlos en montón, como pedían al unísono el ama y la sobrina, pues —en opinión del licenciado en cánones por Sigüenza— “podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego”. Lo merecían sin duda los *Florismartes*, *Esplandianes*, *Olivantes*, *Platires* y toda la caterva de descendientes de *Amadís de Gaula*, por ser libros mentirosos y plagados de “endiabladas y revueltas razones”; se salva, sin embargo, el fundador de esa estirpe innumerable por ser “el mejor de todos los libros de este género que se han compuesto y así, como el único en su arte, se debe perdonar”. Asimismo ha de perdonarse de las brasas la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, que “por su estilo es... el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen”. En fin, tras un somero examen de otros géneros literarios, en el cual no sería oportuno que entrásemos ahora, mandaron tapiar la estancia en que permanecían los libros salvados de las llamas, y cuando Don Quijote no encontró la entrada, su sobrina le notificó que “un encantador que vino sobre una nube... dejó la casa llena de humo, y cuando acordamos a mirar lo que había hecho, no vimos libro ni aposento alguno”.

He aquí una más de las inquietantes paradojas del texto cervantino: las mismas patrañas que perturbaron el juicio del hidalgo son utilizadas por los cuerdos y sanos para continuar engañándolo, y lo mismo hizo Sancho, fingiendo el encanto de Dulcinea transformada en una áspera y soez labradora, y lo harán finalmente el cura, el barbero y su cómplice el bachiller Sansón Carrasco para poder llevarlo “encantado” y enjaulado de vuelta a su casa, donde la “pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea” pusieron fin a su locura y también a su vida. **U**